

MIRAR AL PORVENIR.

I.

— ¡Niños, juicio!..... no armeis semejante alboroto..... descansad un momento.....

Estas amistosas observaciones iban dirigidas por un anciano preceptor á unos cuantos niños que jugaban en el salon de una casa del barrio de Salamanca. Las familias de los mismos estaban en la sala principal, entregadas al placer de la música, y los diablillos habian sido encomendados al bueno del preceptor, entusiasta por las criaturas, y dispuesto siempre á perdonarlas todas sus travесuras. El Sr. Perez, que tal era su apellido, ocupaba un sillón junto á la chimenea y se disponia á entregarse á la lectura de *La Correspondencia*, mientras que los niños, despues de haber roto algunos juguetes

de china y derribado varios sillones, acudieron jadeantes á su lado.

-- Sr. Perez — decian — papá nos ha prometido que nos darian dulces, ya que por ser pequeños no podemos ir al ambigú.

— Paciencia; todavía no son las diez, y no tiene orden Pedro de subir los dulces hasta entónces. Mientras tanto deberiais sentaros en el sofá y hablar con formalidad.

— Es verdad, exclamó Eduardo; seguidme al sofá; yo seré el Gran Turco.

Y fingió fumar una gran pipa.

— Tú, que eres el mayor, debias tener más juicio y hablar de cosas más sérias.

— ¿De qué?

— Deberias pensar, por ejemplo, en la carrera que habrás de elegir, lo cual es conveniente.

—Perfectamente, contestó Eduardo; voy á consultar á estos señoritos.

Y el Sr. Perez abrió *La Correspondencia*, se puso á leer, y fingió no volver á ocuparse de los niños. Estos se sentaron, y Eduardo empezó:

—Teodoro, ¿qué harás tú cuando seas hombre?

—No es difícil contestarlo..... seré coronel..... ¡y mi escuadron adelante siempre! Sin dar cuartel á nadie, entre el ruido de las trompetas y clarines. ¡Adelante! ¡Fuego!

—¡Orden! ¡orden! interrumpieron sus amigos.

—Y tú, Luciano, ¿qué carrera vas á abrazar?

—No sé..... pero me gustaria ser pintor; iria á Roma. viajaria mucho, siempre libre y contento..... Porque papá dice que los artistas son muy felices..... Yo no quiero ser médico como él; hay que estudiar mucho y ver enfermos y muertos... Resueltamente, dentro de algunos años admiraréis mis obras en las exposiciones.

—Y tú, Carlitos, ¿qué prefieres?

—Yo quiero ser sabio.

—¿Sabes lo que dices? preguntaron varios.

—Sé que los sabios pueden enseñar muchas cosas y escribir libros, y viajan ó se encierran en su casa y no se aburren nunca.

—A tí te toca, César.

Este era un niño de mirada dulce y llena de inocencia, educado por una madre piadosa.

—Yo, contestó, ¡seré cura!

La risa de sus compañeros debiera haberle intimidado; pero César era por lo ménos un orador en flor, no se acobardó, y subiendo á un taburete prosiguió diciendo:

—¿No creéis que ser cura es bueno? Mamá me contó una vez todo lo que pueden hacer los curas en bien de los demas hombres, y yo lloraba al escucharla. Me besó muchas veces, y dijo en voz baja y mirando al cielo: «¡Dios mio, yo os lo entrego!» Yo fingí no escucharla, pero desde entónces he pensado que pertenezco á Dios, y en cuanto tenga edad entraré en un seminario.

—¡Bravo! Irémos á oirte predicar.

—Y tú, Luis, siguió preguntando Eduardo, ¿tienes alguna vocacion parecida?

—No, yo seré abogado y juez, que no tienen mucho trabajo; dinero por aquí y por allá, consultas, defensas, contratos..... Pero, y tú, Eduardo, tú, que á todos preguntas, ¿qué vas á ser?

—Yo procuraré que me elijan diputado, para ser ministro.

El Sr. Perez habia tocado la campanilla. Pedro, muchacho de once años, hijo del portero, entró con una bandeja de dulces, y todos los niños le rodearon, preguntando á coro: Perico, cuando seas mayor, ¿qué piensas ser?

Y Pedro contestó sin vacilar:

—Yo seré zapatero..... Déjenme ustedes poner los dulces sobre la mesa.

— ¡Qué poco ha tardado en contestar!

— ¡Sabe desde ahora lo que será!

— No es extraño, prosiguió Pedro; mi padre era zapatero, pero habiéndose estropeado una mano, no pudo continuar el oficio; pero yo creceré, y el día de San Crispin, nuestro patron, seré ya aprendiz; más tarde tendré una hermosa tienda, me llevaré conmigo á mis padres, y trabajaré para ellos.

Los niños parecían pensativos, observando que Pedro habia sido más prudente que ellos, y le dieron algunos dulces, que éste tomó con gratitud. La benevolencia de los ricos produce siempre el reconocimiento de los pobres.

II.

Á la mañana siguiente, todos aquellos niños, sin exceptuar uno solo, recibieron una carta anónima; pero en cuyo sello de lacre reconocieron la sortija de camafeo que usaba el preceptor. Entónces comprendieron que éste, á pesar de estar leyendo *La Correspondencia*, no habia dejado de escucharles.

Hé aquí el contenido de las cartas:

Á EDUARDO (*el diputado*).

El militar, el magistrado, el simple ciudadano, pueden aspirar á la diputacion, porque la estima ajena se refiere al hombre y no á su estado. Aun te quedan muchos años para elegir carrera, y si llegas á merecer

los sufragios de los electores, ten en cuenta que es para que defiendas los intereses del país y no para que realices tu ambicion de ser ministro. Mientras llegue ese día hazte digno de ser diputado estudiando, meditando y no dando cabida al egoismo.

Á TEODORO (*el coronel*).

El ruido de los clarines, la carnicería y las cruces laureadas no dan una idea exacta de la gloria militar: un valeroso general sabe disponer su ejército para lograr la victoria sin perder muchos soldados..... La instruccion es necesaria en todas las carreras, y el jóven que se apasiona solamente por la música, los caballos y los brillantes uniformes, corre gran peligro de no ser nunca un héroe.

Á LUCIANO (*pintor y médico*).

Niño, reflexiona que el médico es un hombre bueno, útil y sabio y que llena una hermosa mision ante Dios y ante el mundo, aliviando á su semejante. Siento que no tengas inclinacion á la carrera de tu padre, pero si te falta valor para ella, harás muy bien en no seguirla. Vale más, en último resultado, que los críticos te censuren, si no eres un gran artista, que llevar la desolacion al seno de una familia, si llegases á ser un mal médico.

Á CÁRLOS (*el sabio*).

La ciencia, amiguito, es un árbol altísimo para tí; sin embargo, pue-

des empezar á escalarle, porque hace falta mucho tiempo para llegar á su copa. Sé estudioso, dócil, atento á las lecciones de tus maestros. No pierdas ocasion de instruirte y acaso llegue un dia en que tus compañeros, admirándote, exclamen sorprendidos: «¡ Siendo muy niño decia Carlos que queria ser sabio!»

Á CÉSAR (*el cura*).

Querido niño, sigue los consejos maternos, que te han colocado en la via que ha de conducirte á ser ejemplo y sosten de tus hermanos. A cada condicion de la vida corresponde una cualidad especial, pero el estado eclesiástico debe reunir las todas. Camina siempre con el Evangelio abierto, predicando y observando sus preceptos. Instrúyete y medita, para que te encuentres encadenado y gustoso cuando á sabiendas penetres en el templo á ofrecer á Dios tu corazón, tu sér y tu libertad. En cualquiera categoría del sacerdocio, orador, escritor, cura de almas ó cenobita, la humildad y la caridad deben inspirar todas tus obras. Ahora juega y descansa, que el incienso y las flores tienen para el Señor perfumes ménos dulces que las puras alegrías de los niños.....

Á LUIS (*abogado*).

No hables con ligereza, ni desconozcas el valor de la probidad. Para la carrera que pretendes es preciso gran madurez y que el cliente que te confie un negocio pueda tener confianza en tu carácter y en tus conse-

jos. Sé muy escrupuloso, no quites ni retengas á tus compañeros sus libros ó lápices, porque más tarde serías fiscal y juez de tu conducta de hoy.

Á PEDRO (*el zapatero*).

Anoche respondiste con gran juicio á la pregunta de los niños..... Trabaja, sé zapatero, y aunque el socorrer á los padres es sagrada obligacion, como hay muchos malvados que no la cumplen, quiero recompensar tu bondad, para lo cual te mando en esta carta un billete de Banco de veinticinco duros. Si adivinas mi nombre, conságrame un recuerdo el dia de tu santo patrono, y pon ese dinero en la Caja de Ahorros para que te sirva cuando llegues á establecer. Sé dulce con tus superiores, servicial para tus amigos y Dios te bendecirá.

III.

Los niños han seguido tan sabios consejos y ya no es dudoso que llegarán á ser hombres de provecho.

Vosotros, queridos lectores, debeis imitarles, reflexionando acerca de vuestro porvenir: los niños que sólo piensan en sus juegos, ó los que sólo cultivan en el estudio su inteligencia y su memoria, no serán nunca tan perfectos como los que consultan su voluntad.

Nunca es perdido mezclar al juego la reflexion.

Nunca debe perderse de vista el porvenir.

X.



AL ÁNGEL DE LA GUARDA.

(ORACION AL ACOSTARSE.)

Ángel Santo de mi guarda,
 Que á mi lado siempre velas
 Cariñoso,
 Si en llegar el sueño tarda,
 Arrullen tus cantinelas
 Mi reposo.

Dame la pura alegría
 Con que tierna resplandece
 Tu mirada,
 Y haz que la inocencia mia
 Á perderse nunca empiece
 Mancillada.

Pide al Señor que *Fe* viva
 Posesion de mi alma tome
 Duradera;
 Que la verdad aperciba,
 Y cuando la duda asome,
 Luégo muera.

Que la *Esperanza* me anime
 Y al espíritu abatido
 Dé consuelo,
 Recordando que quien gime
 En la tierra es preferido
 Para el cielo.

Inflámame ¡oh dulce guía!
De una *Caridad* tan pura
 Como ardiente;
De tu amor, al alma mia
Dale un destello, y procura
 Se acreciente.

—
Sé mi escudo, y dame aliento
Para vencer las mortales
 Tentaciones;
Y enseñado por tu acento
Repita las celestiales
 Oraciones.

—
Consérvame siempre puro,

Y al llegar la hora postrera
 De mi historia,
Llévame á puerto seguro
De salvacion verdadera,
 Que es la gloria.

—
Adios, Ángel de mi guarda,
Que á mi lado siempre velas
 Cariñoso,
Si en llegar el sueño tarda,
Arrullen tus cantinelas
 Mi reposo.

ENRIQUE MARÍA REPULLÉS.

Enero de 1874.

CÁRLOS LINNEO.

I.

La vida de este sabio y celebrado naturalista, queridos niños, os ofrece grandes y útiles ejemplos que imitar, con especialidad el de la constancia y del amor al trabajo.

Si teneis paciencia para leer hasta el fin los renglones que voy á dedicar á su memoria, veréis confirmado lo que acabo de deciros en las primeras líneas que sirven de comienzo á este ligero artículo biográfico.

Veréis más, y es cómo el hombre laborioso vence los mayores obstáculos, lucha contra elementos al parecer insuperables, y consigue por último el aplauso de los buenos y de los sabios, que le colman de alabanzas, repetidas de generacion en generacion.

II.

Nació Cárlos Linneo en un pueblecillo de Suecia, llamado Ihoeshult, el 24 de Mayo del año de 1707, de padres no muy ricos.

Cuentan los que escribieron su vida, que siendo aún muy niño, su mayor placer, los juegos que más le entretenian, eran pararse á observar las plantas que adornaban el pequeño jardin de su padre, ó andar á caza de insectos. Esos pequeños seres que pueblan los campos, que veis muchas veces descansando sobre las flores, y encontrais en vuestros paseos debajo de las piedras ó corriendo por los caminos, de colores brillantes, y que se esconden entre las hierbas al querer cogerlos.

Era tanta su aficion á la botánica,

ó sea la ciencia que tiene por objeto el estudio y conocimiento de las plantas, que á los diez años ya hacia sus excursiones por los alrededores de su pueblo en busca de esos hermosos productos de la naturaleza.

Esa afición tan marcada y decidida hubo de causarle al pobre Cárlos serios disgustos, porque habiéndole llevado su padre á la ciudad de Vegio para dedicarlo á una carrera literaria, y viendo que las horas todas las empleaba entre las plantas y los insectos, trató de dedicarlo á un oficio mecánico.

Felizmente, un médico llamado Rothdam, conociendo el talento que distinguía á Linneo, consiguió que su padre le permitiese continuar en sus estudios favoritos, siguiendo al propio tiempo la carrera de Medicina, en la que hizo grandes progresos.

Como su carácter era tan dulce y bondadoso, luégo se atraía el cariño de sus maestros, quienes le proporcionaban libros y objetos de *Historia natural*, como aves, conchas, minerales y plantas, que estudiaba con tal ardor, que se pasaba gran parte de la noche hojeando los unos y examinando los otros.

III.

Sin embargo de todo esto, los deseos y aspiraciones de Cárlos Linneo no estaban satisfechos, y suspiraba por hallarse en otro centro más elevado y de mayor importancia donde hubiese más medios de aprender y educar su inteligencia.

Deseos y aspiraciones, queridos niños, muy laudables cuando tienen por objeto el saber, y nacen en entendimientos destinados por Dios para dar á conocer ó demostrar á los demas las maravillas y prodigios que encierran sus obras. Porque habeis de saber, niños míos, que no á todos cuantos sienten esas aspiraciones les es dado correr á satisfacerlas; pues hay en esto grandes peligros, que á causa de vuestra edad no comprendéis.

Volviendo á Linneo, os diré que con el fin de llegar adonde tanto deseaba, tomó el partido de dirigirse á la Universidad de Upsal, ya célebre por los sabios que allí se reunían.

Grandes trabajos y contratiempos tuvo que sufrir allí el jóven naturalista.

Su afición y su constancia se pusieron á prueba; pero de ella salió victorioso, revelando así que el genio, esa antorcha brillante, ese fuego escondido por la mano de Dios en el cerebro humano, residia en él.

Como sus padres carecían de medios de fortuna para auxiliarle en sus nuevos estudios, y léjos de su propio país, llegó á un extremo tal de pobreza, que no teniendo calzado para salir de casa, se servía del que desechaban sus compañeros, que él mismo arreglaba de la mejor manera posible.

De esto nació tal vez la idea emitida por algunos de que se vió obligado á tomar el oficio de zapatero para vivir.

No se acobardó, sin embargo, Lin-

neó ante tantos obstáculos, y valiéndose de su ingenio, se dedicó á dar lecciones de gramática latina, con cuyos productos fué viviendo algun tiempo, aunque sufriendo, como era

consiguiente, grandes penalidades, y privándose de lo que era para él más doloroso, de sus estudios favoritos sobre la *Historia natural*.

Tanta constancia y tanta fe obtu-



Cárlos Linneo.

vieron luégo una recompensa, luciendo una nueva estrella para este jóven estudioso.

Habia por aquel tiempo en la Universidad un profesor distinguido, llamado Olao Celsio, que estaba escribiendo una obra sobre las plantas

citadas en las Sagradas Escrituras, y habiendo llegado á saber los conocimientos que sobre esta materia tenía el pobre pasante de latin, le llamó para que le auxiliase en su trabajo.

Conociendo luégo lo que valia, y

(Sigue en la página 74.)

ESCENAS INFANTILES.



Los niños han estado en paseo, y en volviendo á casa van á contar al abuelito lo que han hecho y lo que han visto.

Esta sencilla narracion de los niños agrada más al abuelito que todas las más interesantes historias del mundo, como que para él el mundo entero está concentrado en sus nietecitos. Ellos son los que le entretienen, los que le alegran, los que le hacen olvidar cuán cercano está ya su fin.

Y ¡qué contento se pone el abuelito cuando sus nietos le dicen que han hecho una obra de caridad socorriendo á algun anciano como él; pero más desgraciado que él! Entónces abraza á los niños, los sienta sobre sus rodillas, los besa, rie y llora y es feliz.

— Dios os pague, les dice, vuestra caridad, haciéndoos buenos y venturosos.

admirado de la facilidad con que clasificaba toda clase de plantas, le llevó á su casa, donde le proporcionó las mayores comodidades y recursos para vivir holgadamente.

Jamas olvidó Linneo favor tan señalado, y á fuer de agradecido, siempre decia á sus amigos que á Olo Celso era deudor de su nombre y de su fortuna, considerándole como su protector y Mecénas.

Debido á esto y á su talento, se le concedió una cátedra en la misma Universidad de Upsal, que desempeñó á la edad de veinte y tres años con admiracion de todos cuantos iban á oírle.

IV.

Por el estudio de la geografía, ya sabréis, queridos niños, que la Laponia es un país cuyo clima ofrece grandes peligros para la salud por sus violentos cambios de temperatura, pues suele sentirse en un mismo dia un calor intenso y un frio excesivo; pues bien, nuestro Carlos, despreciando todo esto, y siguiendo los impulsos de su creciente ánsia de saber y de estudiar, se resolvió á recorrerla á pié para poder apreciar mejor sus producciones.

Figuraos, niños míos, un jóven de veinte y cinco años, que ésta era la edad que tenía entónces Linneo, subiendo y bajando cerros, cargado

con todos los enseres necesarios al *naturalista*, como son largas cajas de hojadelata para guardar las plantas, otras más pequeñas de madera con su fondo de corcho, donde se clavan los insectos con alfileres á propósito y las mariposas, y otros muchos objetos indispensables á todo el que se propone recoger los productos de la naturaleza.

Yo puedo decir, mis pequeños amigos, que me parece verle luchar contra los rigores del clima, abrasado unas veces por los rayos del sol, y medio helado otras por un frio casi irresistible, pero siempre animado y alegre, trepando á lo más alto de aquellas montañas, que examina con viva curiosidad, cogiendo aquí una flor, allá un insecto, que con un cuidado y un placer singular guarda en sus respectivas cajas, para despues clasificarlo, es decir, darle el nombre que le corresponde segun la ciencia.

Otras veces creo verlo tambien descansando de sus fatigas al abrigo de una elevada peña, que parece puesta allí por la Providencia para ese objeto, contemplando alguna planta rara ó desconocida que halló en su excursion, y admirado de la variedad de semillas que Dios sembró sobre la tierra, y de su grande sabiduría al repartirlas de manera que cada una creciese y se desarrollase en su propio lugar.

(Se continuará.)



EL CANTO DEL BURRO.

CUENTO POPULAR MADRILEÑO,

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

No sé á punto fijo cuándo sucedió lo que voy á contar, pero de su contexto se deduce que debió ser allá hácia los tiempos en que los madrileños estuvieron á punto de enloquecer de orgullo con la nueva de haber aparecido en el Manzanares una ballena, que luégo resultó ser, segun unos, una cuba que *no iba llena*, y segun otros, la albarda (con perdon de ustedes) de un burro.

Estos tiempos deben remontarse lo ménos á los del Sr. D. Felipe II (que tenía á los madrileños por tan aficionados á bolas, que les llenó de ellas la puente Segoviana), pues ya en los del Sr. D. Felipe III llamaba Lope de Vega ballenatos á sus compatriotas los madrileños.

Pero dejémonos de historia y vamos al cuento.

El cuento es que el Madrid de entónces se parecia al Madrid de ogaño como un huevo á una castaña. No lo digo porque entónces Madrid, tirando á monárquico, queria hacerse cabeza de leon, y ahora, tirando á republicano, quiere hacerse cola de ra-

ton, sino porque la parte meridional del Madrid de ahora estaba aún despoblada, ménos la planicie y los declives de allende las iglesias de San Andres y San Pedro, donde ya existia el arrabal que por haberle poblado moros se llamaba y llama aún la Morería. Todas las demas barriadas meridionales no existian aún, y toda aquella dilatada zona comprendida desde Puertacerrada á la banda de la Virgen de Atocha sólo abundaba en barrancos, colinas escuetas y cerrados matorrales, donde se veia alguno que otro ventorrillo, entre los cuales llevaba la gala el de Manuela, porque era el único donde se bebia el vino en vaso de vidrio y se comia la vianda con tenedores de madera. En los demas ventorrillos se empinaba el jarro de Alcorcon y se escarvaba en el plato con las uñas.

No recuerdo quién ha aconsejado modernamente á los que entran en Madrid por la puerta de Toledo (que son los españoles meridionales gente más apta que los septentrionales para pescar en este rio revuelto) que dejen á un lado la calle de los Estudios y tomen la del Burro, con lo

cual saldrán infaliblemente á la plaza del Progreso, y andando un poco más se soplarán en el Congreso de los Diputados y aún en los ministerios.

Entónces, como ahora, habia burros en Madrid, pero la señora villa aún no habia dedicado el nombre de una calle á conmemorarlos, como luégo lo hizo y aún sigue haciendo de cuando en cuando, aunque no há mucho tuvo el buen acuerdo de rebautizar con el nombre de calle de la Colegiata á la que se llamaba del Burro. En esto la señora villa procedió más discreta que Sevilla ha procedido no há mucho, poniendo á su calle del Burro calle de D. Alberto Lista, en lo que no ha dado pruebas de serlo, pues poeta y maestro tan insigne nunca debió creerse destinado á alternar con burros.

Lo que en Madrid fué despues calle del Burro no era entónces tal calle, sino un desierto cubierto de maleza, por donde nadie osaba transitar, temeroso de malhechores, cuya audacia y número eran tales, que para precaver de sus embestidas á la villa habia cerrado ésta la puerta que aún se llama Cerrada, aunque sólo existe su solar desde el año 1562, en que se la derribó, porque habiéndose tornado á abrir, se escondian malhechores en ella.

Aun el barrio de la Morería estaba muy léjos de tener la fisonomía urbana (vamos al decir) que hoy tiene: delante de la iglesia de San Pedro habia una alamedica con asientos mal labrados, y las casas, mal

alineadas, estaban entreveradas de árboles, alguno de los cuales, como el que dió nombre á la calle del Alamillo, ha sobrevivido hasta nuestros dias ó poco ménos.

El café, el casino, el Prado, la Puerta del Sol de la Morería era la alamedica de San Pedro, donde se reunia la gente del barrio, particularmente los disantos despues de misa mayor. La misa mayor terminaba á las diez, y al salir de ella toda la gente se quedaba allí á conversar más ó ménos honradamente, y cuando en la morisca torre de San Pedro sonaban las doce, todo el mundo se iba en busca de la olla, prívio el «Señor Cura, que aproveche como si fuera leche», que dirigian al párroco, y el «A ver si esta tarde venís todos al rosario, que Alonso va á hacer de las suyas en la letanía», con que les contestaba el señor cura, con gran contentamiento de Alonso, el hijo del enterrador, que estaba presente, y se contoneaba al oír estas últimas palabras.

II.

Señora Marica la panadera era ya vieja cuando sucedió lo que voy á contar, pero aún conservaba la forma y el prestigio que le habian dado durante su juventud y su edad madura su admirable habilidad y gracia para el canto.

Casi desde mozueta habia andado desde Madrid á Vallecas con dos borriquillos, con cuya ayuda conducia diariamente al mercado de la vi-

lla el afamado pan vallecano, industria con que vivia un tanto holgada y más de un cuanto alegre.

Dos cosas habian sido objeto de admiracion en Madrid y Vallecas y en el camino intermedio durante los muchos años que Marica habia recorrido diariamente este camino: en primer lugar, los cantares de Marica, que enamoraban á todo el que los escuchaba; y en segundo, los borriquillos de la cantora, que parecian ser muy amados de su dueña, segun lo engalanados, gordos y lucios que los traia siempre.

— Pero, señora Marica, decian á la panadera los oyentes, asombrados y enamorados de sus cantares, ¿cómo os componeis para cantar así?

Y señora Marica les contestaba:

El cantar quiere tres cosas:
Tener sonora la voz
Y frio el entendimiento
Y caliente el corazon.

Con lo que Marica, á la fama grande y merecida de cantora práctica, añadió fama no ménos merecida y grande de cantora teórica.

A esto último debió el ser solicitada de las damas y galanes más encopetados de la córte para que les enseñase el sublime y no aprendido arte de los ruseñores, y el que en la córte y diez leguas á la redonda fuese la más respetable autoridad en materia de canto, porque hasta los triples de la capilla real decian al oirla:

— ¡Canario, esa mujer es un prodigio, y debemos confesar que á nos-

otros mismos nos falta algo para compararnos hasta con sus discípulos!

Los discípulos de señora Marica estaban reducidos á uno, que era un mozo de su vecindad, llamado Alonso, é hijo del enterrador de la parroquia.

Señora Marica habia casado y enviudado, quedándole una niña muy hermosa, á quien queria como á las de sus ojos.

Lucigüela (que así se llamaba la niña) fué creciendo, creciendo, mientras su madre andaba de Madrid á Vallecas y de Vallecas á Madrid, y como se solazase con los mozuelos de la vecindad (que era en la calle de los Mancebos), fué tomando que-rencia al más bruto de todos, llamado Alonso; que ya es muy antiguo en mujeres y hombres esto de importarles un bledo la hermosura del alma y el entendimiento, con tal que no falten las del cuerpo, que ésas son las únicas que tenía Alonsico.

Señora Marica, que veia á Lucigüela desmejorada y triste, llamóla á solas una noche y le preguntó la causa de su desmejoramiento y tristeza.

La mozuela echóse á llorar, y le confesó que era por desdenes del vecinuelo Alonso.

Casualmente Alonso era aborrecido de señora Marica, porque aquel mozo era maniático por el canto, y como en vez de cantar rebuznase, y dia y noche estuviese dale que le das á los cantares, señora Marica oyéndole padecia lo que no es decible.

—Hija, ¡qué puñalada has dado con esa nueva en este corazón dedicado á amarte! exclamó señora Marica desfalleciendo de dolor al oír la confesión de la rapaza. Bien sabes que aborrezco á Alonso, no tanto porque canta mal, como porque piensa que canta bien, lo que prueba que no tiene talento para conocerse. Hija, el que no tiene talento para conocer su propio valer, no le tiene tampoco para conocer el valer ajeno. ¡Qué será de tí, hija mia, si casas con quien no conozca lo que vales!

Lucigüela, que quería mucho á su madre, y veía que para ésta era dolor de los dolores el que quisiese á Alonso, prometió á su madre olvidar al vecino; que era humildica como hijas no hay.

Pero fueron pasando meses y meses, y señora Marica veía que el desmejoramiento y la tristeza de Lucigüela aumentaban, y aún que la doncella lloraba á hurtadillas, según más de una vez se lo habían dicho aquellos claros ojos donde ella se miraba.

Otra noche tornó á interrogar á solas á Lucigüela, y ésta, que no conocía el mentir, y ménos preguntada de su madrecica, confesóle que no había podido olvidar á Alonso, y que éste hablábale una vez amoroso y cien esquivo.

Señora Marica preguntóle á la almohada qué era lo que debía hacer para escoger entre dos males el menor, y la almohada le dijo:

—La doncella morirá ó le faltará poco para morir si no casa con

el mancebo en quien ha puesto el corazón. Canto y música (que todo es cantar) domestican fieras, y tú, que tanto de cantar entiendes; puedes domesticar á Alonso, aunque nunca cantará tan bien como ahora rebuzna. Aun así no será yerno de tu gusto; que el alcornoque puede recibir pulimento hasta que brille, mas no dejar de ser alcornoque; pero ganar mal yerno ménos mal es que perder buena hija.

Esto dijo la almohada á señora Marica, y esto tuvo señora Marica por lo más acertado.

Lucigüela conformóse con ello muy regocijada.

Bruto y todo como el hijo del enterrador era, placíale más á la doncella por lo mozo que no un caballero del barrio, muy honrado y rico, mas ya algo entrado en años, llamado D. Pedro, que bebía los vientos por ella, si bien con el comedimiento que cumplía á una honrada doncella y á un caballero de capa y espada.

Señora Marica llamó aparte á Alonso y le dijo:

—Alonsico, hijo, dícenme que á Lucigüela quieres.

—Cierto, señora Marica, mas con fin honesto es.

—Pues si te place casar con ella y ella sigue gustando de tí, licencia mia tendréis; pero si yo gusto de gente que cante bien, no así de gente que cante mal como tú haces. En punto á cantar, hijo Alonso, no quiero término medio: ó un buen cantar ó un buen callar.

—Si vos, señora Marica, me dierais lecciones, como vos cantaria, que voz robusta y gentil tengo.

Sonrióse señora Marica de la vanidad de Alonso, y le prometió hacer desde entónces con él lo que con nadie habia querido hacer ni áun por lograría: darle lecciones de cantar.

Y dándoselas pasó meses y meses

y áun años enteros, hasta que un dia Alonso ofició misa mayor en la parroquia del Señor San Pedro, sin que los perros (que nunca faltan á misa aunque falten cristianos) escapáran al oírle como habian hecho en otra ocasion que probó officiar.

(Se continuará.)

PROBLEMAS.

Perfectamente, amigos suscritores.

Habeis acertado los problemas números 6, 7 y 8 del último número.

El color á que se refiere el primero es el del luto.

El sistema empleado por el caballero fué pasar en la barca al fraile; volver solo por una de las muchachas, pasarla como al fraile, y tomando á éste volverle á la primera orilla; dejarle en ella, pasar á la otra muchacha, volver solo y pasar al fraile, prosiguiendo despues todos juntos su camino.

Respecto á la entrada en el castillo por medio de las dos tablas, no hay más que colocar una de ellas cortando uno de los ángulos del foso y tender la otra desde la tabla ya colocada hasta el ángulo de la plataforma. De esta manera, la suma del ancho de una de las tablas y el largo de la otra es mayor que el ancho del foso.

Desde la publicacion de nuestro número anterior hemos recibido las siguientes soluciones:

A los problemas 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º D. Luis Muñoz de Remisa.

Al 4.º, D. José Borrás y de March y D.ª Amalia Emelina Mallen.

Al 6.º, D.ª Vicenta Escribano, D. Antonio Marin y Gargollo, D.ª María Alvarez y Montes, D. José Muñoz Lafuente, D. José María de Olózaga, D. José Morales y Sellan, D. Eusebio Montes, D. Luis y D. Ramiro Muñoz de Remisa, D. Gaspar Echeverría, D. Manuel de Chaves, D. Emilio Alfaro y Malumbres, D. Adolfo Moris, D. Vicente Munita, don Manuel y D. Mariano Feltrer.

Al 7.º, D.ª Vicenta Escribano, D. Luis Cubillo, D. Antonio Marin y Gargollo, D.ª María Alvarez y Montes, D. José Muñoz Lafuente, D. Rafael Palacios del Valle, D. José María de Olózaga, D. José

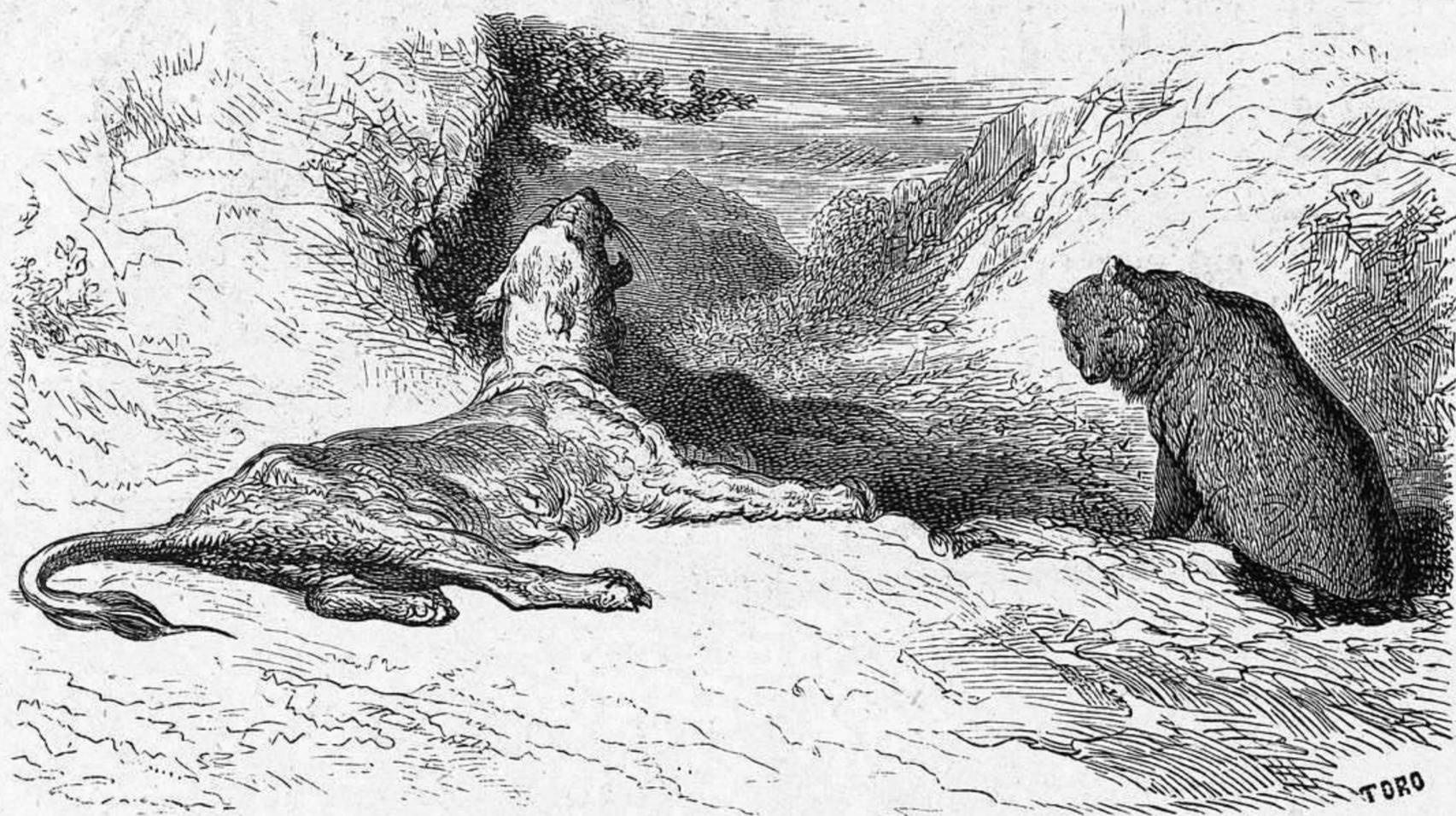
Morales y Sellan, D. Eusebio Montes, D. Luis y D. Ramiro Muñoz de Remisa, D. Gaspar Echeverría, D. Manuel de Chaves, D. César Lambea, D.ª Aurora Buñil, D. Emilio Alfaro y Malumbres, D. José María Garrido y Melgarejo, D. Ceferino Arana, D. Adolfo Moris, D. Vicente Munita.

Al 8.º, D.ª María Alvarez y Montes, D. José Muñoz Lafuente, D. José María de Olózaga, D. José Morales y Sellan, D.ª Natalia Rivas Cuadrillero, D. Luis y D. Ramiro Muñoz de Remisa, D. Enrique Martinez y Cardeña, D. Gaspar Echeverría, D. Manuel de Chaves, D. Ceferino Arana, D. Vicente Munita.

Pasemos ahora á formular dos nuevos problemitas.

9.º—Un cazador entró en una posesion y mató varios conejos. Como no tenía licencia para ello, un guarda le sorprendió, consintiendo sólo en dejarle libre si le daba la mitad de su caza más medio conejo. El cazador lo hizo así y trató de volverse á su casa; pero el portero de la posesion le detuvo á su vez y le hizo entregar la mitad de los conejos que le quedaban más la mitad de otro. Como el cazador no tenía otro remedio, entregó lo que le pedian, y aquella noche se cenó con arroz el único conejo que le quedaba. ¿Cuántos habia cazado?

10. Dos arrieros caminan juntos conduciendo ocho arrobas de vino en un pellejo. El líquido es de ambos; pero habiéndose enemistado los arrieros, tratan de repartírselo por igual. Uno de ellos lleva un pellejo vacío que puede contener cinco arrobas, y otro un pellejo, tambien vacío, de cabida de tres arrobas. ¿Cómo se las compondrán para llevarse cuatro arrobas justas cada uno?



LA LEONA Y LA OSA.

Una leona hermosa se quejaba
 Con voces y alaridos
 De haber perdido un hijo que tenía,
 Y que era su alegría.
 No cesaba jamas en sus quejidos,
 Y en la selva, en el monte y la llanura
 Sin tregua resonaba
 Su voz de dolor llena y de amargura,
 Increpando al destino
 De implacable, cruel, sañudo y fiero,
 Y proclamando que en el mundo entero
 Jamas se conoció pena tan dura.
 Mas una gallarda osa á verla vino,
 Y así la habló con toda cortesía:
 — Cállate, amiga mia,

Y no más nos ofendan tus clamores
 Á mil madres y mil, que hemos sufrido
 Iguales sinsabores.
 Todas hemos perdido
 Hijos amados, todas los lloramos;
 Mas nó somos tan necias que juzgamos
 Que es ¡ay! nuestro dolor fiero y profundo
 El único dolor que hay en el mundo.

*Son tantos en el mundo los dolores,
 Que por grande que sea el que se siente,
 Mirando al rededor, muy fácilmente
 Se verá que los hay mucho mayores.*

FRONTAURA.

ADVERTENCIAS.

1.^a Con el presente número repartimos en Madrid y enviaremos á provincias la
AGENDA DE LOS NIÑOS.

Dispensen nuestros lectores la tardanza, que no hemos podido evitar. Otro año la daremos el primer día de Enero.

2.^a Tenemos el gusto de poner en conocimiento de nuestros lectores que la sociedad de literatos que dirige en Madrid el teatro de la Alhambra, inaugurará el domingo 1.^o de Marzo, por la tarde, unas representaciones infantiles, que indudablemente lograrán mucha aceptación. La primera funcion constará de las comedias: *Una leccion de Historia*, *La Cruz roja* y *El octavo mandamiento*, etc. En la Administracion de LOS NIÑOS se reciben los encargos.